
DON JUAN DOMINGO DE ZAMÁCOLA Y JÁUREGUI

Entre los varones prominentes que ilustraron el suelo de Arequipa y prestaron importantes servicios á la Iglesia y al Estado, con laudable abnegación, en los últimos dos siglos XVIII y XIX, descuella la figura del progresista y laborioso Don Juan Domingo Zamácola y Jáuregui, cura propio del pueblo de Caima, en la provincia de Arequipa, á cuya veneranda memoria consagramos estas deficientes líneas, fruto de nuestras prolijas indagaciones.

Bien habríamos querido publicar una biografía completa de tan insigne varón que, entre los muchos méritos que lo enaltecen se cuenta haber sido el fundador de la primera escuela en el suburbio de esta ciudad, y el iniciador entre nosotros de los estudios de historia patria. Mas la falta de los datos necesarios y la imposibilidad cada día mayor de obtenerlos, á parte de nuestra incompetencia, nos privan de la satisfacción de cumplir este deber, limitándonos á verter en el papel esta pequeña gota de tinta, que ojalá el tiempo no seque ni borre.

I

Vizcaya, una de las tres provincias marítimas de la costa cantábrica, que se conocen con el nombre de vascongadas, fué la patria de Don Juan Domingo. Sus legítimos padres, don Santiago Zamácola y doña María de Jáuregui, cuidaron de darle una educación correspondiente á sus inclinaciones, y en sus tiernos años lo llevaron á Valladolid, donde adquirió las primeras nociones de las lenguas castellana y latina.



Licenciado D. Juan Domingo de Zamácola y Jáuregui

II

Hallábase por aquellos días en todo su apogeo la renombrada Universidad de Salamanca, en la que los catedráticos eran hombres doctísimos, los estudiantes, que pasaban de dos mil, afluían de todas partes, de dentro y fuera del reino, y los grados académicos, que se conferían á mérito de rigurosas previas que principiaban por la tarde y terminaban á más de la media noche, revestían toda la solemnidad de las más espléndidas fiestas; y eran celebradas con paseos públicos á caballo, corridas de toros y mesas de refresco, ocasionando un grado de Doctor el gasto de más de veintidos mil reales de vellón, como lo atesta el mismo Zamácola.

En este ilustre claustro, emporio entonces de la ciencia sagrada, debió don Juan Domingo hacer sus estudios completos, en los cuales alcanzó, con aplauso general, los grados de Bachiller y Licenciado en Cánones.

Terminados sus estudios, abrazó el estado eclesiástico, y, después de ordenarse de presbítero y ser nombrado individuo de la Real Sociedad Vascongada, pasó á Madrid y recorrió algunas ciudades de España.

Impulsado por el deseo de conocer tierras y tratar con muchos hombres, para atesorar experiencia y servir con provecho á los demás, vino á la América. Estuvo en Montevideo, en Córdoba, en Buenos Aires, en Salta; y llevado de su espíritu de investigación, visitó las ruinas de Santiago del Estero, ciudad destruida totalmente por un terremoto.

“Yo llevado de la curiosidad—dice el Licenciado Zamácola—fuí al mismo paraje donde estuvo la desolada ciudad del Estero, en compañía de un oficial de ejército llamado don José Aldivert, hombre sumamente curioso y observativo, y á poca diligencia reconocimos todo el sitio que ocupaba la ciudad, y levantamos un plano de toda ella, con sus arrabales, plaza, iglesia, acequias, jardines, etc. Luego descubrimos, en el suelo del casco de la ciudad, varias vigas muy labradas, pintadas y doradas, que demostraban haber sido de algunas otras galerías, y á poco de haber quitado algunos escombros y arado algún tanto la tierra, reconocimos algunas basas y capiteles de piedra, plintos, cornisas. ba-

samentos, pedestales y tejas grandes y gruesas, que de todo formamos una relación muy circunstanciada con su respectivo mapa.”

“Esta ciudad — continúa — estuvo situada á la orilla del caudaloso río llamado de Pasajes, en una llanura muy deliciosa y amena. Fué muy opulenta, y además de los minerales de oro y plata que hubo en sus inmediaciones, tenía un comercio activo con Potosí. A últimos del siglo pasado (el XVII) sufrió un espantoso terremoto, que en menos de dos minutos no dejó piedra sobre piedra, quedando sepultados en tierra casi todos sus habitantes. Los pocos que pudieron salvar las vidas cayeron en manos de los salvajes, quienes luego los victimaron; de modo que apenas se contaron dos que salvaron para llevar la noticia á la ciudad de Salta, veinte leguas distante del Estero. Solo quedó en pie el rollo en la mitad de la plaza, y no parecía sino que la Providencia lo había conservado, después de tantos años, para memoria del castigo y escarmiento de los venideros. En todo el espacio que recorremos no encontramos más habitantes, que un pescador muy anciano natural de Salta, en una choza á orilla del río, y queriendo examinarlo sobre alguna particularidad, no lo conseguimos y sólo nos dijo: que, en varias ocasiones había oído lamentos y ayes en aquel sitio de espantosa soledad, y que también cantaban frecuentemente los gallos; con otras mil fábulas” (1).

III

Poco después de estas interesantes excursiones por aquellos apartados y solitarios lugares, visitó Arequipa, en tiempo que iba á regir su iglesia el meritísimo obispo Abad y Llana, quien cuando se hizo cargo de la diócesis depositó en él toda su confianza y lo nombró su capellán y secretario privado.

(1)—Zamácola: *Resumen histórico de la vida del Ilmo. Señor Abad y Llana*.

Por los años de 1778, á indicación de ese prelado, se presentó á concurso de curatos y alcanzó el de Caima, que sirvió hasta su muerte, el espacio de cuarenta y cinco años; beneficio que obtuvo solamente por sus méritos y aptitudes, á pesar de las influencias del virrey don Manuel Guirior, y de sus recomendaciones al obispo en favor de otro eclesiástico, á quien el justiciero prelado tuvo á bien no colocar en la respectiva terna.

En posesión ya de su título de cura propio de Caima, mereció la muy especial distinción de que el mismo obispo le diera personalmente la posesión del beneficio, y que todavía le acompañara por más de un mes en el curato, desempeñando por sí mismo todas las funciones de párroco.

Quomodo amabat eum!

Con las lecciones de tal maestro ya se comprende lo que sería el discípulo, y en verdad el licenciado Zamácola fue un modelo de párrocos y su nombre es recordado con veneración en Arequipa.

IV

Este padre y protector de Caima lo primero en que se ocupó fue en instruir al pueblo en las verdades religiosas, moralizarlo é inspirarle amor á la verdad, á la virtud y al bien. Regularizó las prácticas piadosas, sistemó el culto, dispuso que los días jueves se celebrase la misa cantada con el Santísimo expuesto, aunque no había dotación para ello, suprimió los derechos de bautismo que encontró establecidos, y desterró algunas prácticas abusivas que no eran conformes con el espíritu católico.

En lo material, levantó las dos torres que hermosean el frontispicio y cuidó del aseo y decoro del templo.

El terremoto del 13 de mayo de 1784 echó por tierra todos los edificios públicos y privados de Caima, sin perdonar más que la sacristía. Fue entonces que el cura Zamácola, de entre los escombros y ruinas levantó la iglesia, dióle mayor ensanche con las naves laterales que le agregó, reedificó sus dos torres y la casa parroquial, y todo quedó concluído en el espacio de dos años, sin gravamen del pueblo ni de las cajas reales.

Construyó el cementerio y en él una hermosa capilla con su respectivo altar; siendo este cementerio el primero que se conoció en todo el obispado de Arequipa, pues las inhumaciones se hacían en los templos y capillas. Arregló y niveló la plaza, abrió nuevas calles y, como el *finis coronat* de su magnanimidad, fundó una escuela de varones que dirigía personalmente, y en la que recibían la instrucción primaria todos los niños de la comprensión de su parroquia.

Si fundar una escuela, hoy que la instrucción popular se difunde por do quiera con profusión inagotable, es obra digna del más alto encomio, ¿cuál será el que merezca aquel que la fundara ahora ciento treinta años, en una aldea del suburbio de Arequipa, cuando en esta ciudad no se conocía entonces otra que la llamada de "la Compañía".....? (1) Zamácola se adelantó á su época, vivía en el porvenir y veía lo que nadie alcanzaba á ver: veía que cada escuela era un templo y cada maestro un sacerdote y un redentor de las almas envueltas en los harapos de la ignorancia. Sabía que la instrucción del pueblo es la ley suprema del progreso; y que si las naciones cambiaran los cuarteles con escuelas, los soldados con maestros y los fusiles con libros, la paz y el bienestar de los pueblos estarían asegurados. Por eso fundó una escuela en Caima, donde nadie la conocía y todos sus habitantes eran analfabetos, sin exclusión de las autoridades.

V

Así ejercía el infatigable Zamácola el doble sacerdocio de cura de almas y de preceptor de niños, ya exponiendo el evangelio desde el púlpito ó ya explicando el catecismo en la escuela; cuando el señor Chávez de la Rosa, obispo inolvidable de Arequipa, que bien conocía el espíritu del cura de

(1) La escuela de la Compañía, fundada y dotada por el obispo don Antonio de León, fué regentada desde 1810 por el dominico Frai Remigio del Valle, que figuró más tarde entre los redactores de AREQUIPA LIBRE, uno de los primeros periódicos que se publicaron en el Perú en los albores de la Independencia.

Caima, le encomendó la construcción del templo y casa parroquial del pueblo de San Fernando de Socabaya, que se iba á fundar para trasladar á él la parroquia de Sabandía. Zamácola, dejando temporalmente Caima y su querida escuela, pasó al nuevo pueblo de Socabaya, levantó los planos, delineó las calles, formó los presupuestos y plantificó la obra, la que, con una constancia é interés propios solo de él, vigilaba y atendía personalmente. Y era tal su actividad de espíritu que, terminadas en la tardes las labores del día, venía á la ciudad, desde Socabaya, á ocuparse de asuntos relacionados con su curato, para regresar á las diez de la noche.

Después de dos años de asídúo trabajo terminó completamente la obra que con tanto acierto le había sido encomendada.

Sobre esta fundación escribió un libro que, como todos los que salieron de su pluma, despierta gran interés por las noticias que ofrece: en él describe las fiestas que se celebraron en el estreno del templo y casa parroquial de Socabaya. Este libro, después de haber pasado inédito por algunas manos, se publicó en el diario LA BOLSA de Arequipa.

VI

No fué esta la única ocasión en que el Ilmo. señor Chávez de la Rosa utilizó en bien de la iglesia los servicios del cura Zamácola.

Cuando emprendió este prelado la visita diocesana lo nombró secretario de ella: no siendo corta la labor que entonces se impuso el tan laborioso cura, quien, á más de las atenciones de secretario, hacía un estudio minucioso del clima, costumbres, industria y producciones de cada uno de los pueblos visitados, escribiendo al efecto un diario. Nosotros hemos visto la parte relativa al pueblo de Poesi, que parece que es el principio.

VII

Como hombre de iniciativa, amante del progreso y protector decidido de toda institución benéfica, no tuvo igual, y en ocasiones el ayuntamiento ocurrió á su dictamen para proceder con acierto en sus deliberaciones.

Con este motivo, hubo vez en que expidió un informe sobre mejoras y reformas que debían introducirse. Se ocupó en él: del repartimiento del abono para la agricultura; de la adopción de medidas protectoras de la raza indígena; de la persecución de vagos, mal entretenidos y malecheros; del establecimiento de un presidio ó casa de corrección; del cuidado de la baja policía, conservación de caminos, puentes, acequias, estanques, y apertura y rectificación de calles; y del establecimiento de cementerios y prohibición de sepultar en los templos, "para que los muertos no matasen á los vivos" (1).

Reencargó además la reglamentación del toque de campanas y la limitación del número de abogados, á fin de que disminuyera el de pleitos; y aconsejó el mayor celo en el nombramiento de escribanos, para que se cuidase de que él recayese en personas de notoria probidad y probada competencia, que fueran fieles depositarios de la fe pública. Recomendó también la conveniencia de que se solicitase del Supremo Consejo de Indias alguna medida que pusiera término á las eternas competencias entre obispos, intendentes y cabildos, causa de muchos males y escándalos; y que se impetrase del diocesano la derogación de algunos capítulos de la Sinodal y la reforma de los aranceles parroquiales, acomodándolos á las circunstancias de la época.

Al ocuparse, en el informe aludido, de las limosnas que se pedían por las calles para objetos piadosos, es tan interesante lo que al respecto dice, que, para no defraudarle nada, á la letra lo trascribimos: "Una de las cosas más ridículas que se ven en Arequipa es la multitud de demandaderos y *santeros* que inundan los pueblos, especialmente en tiempos

(1) Palabras textuales.

de cosecha, fingiendo miles de cuentos y milagros, con el fin de arrancar al pobre labrador lo que tal vez necesita para el sustento de sus hijos. Lo mismo digo de los aguinaldos y monumentos. No hay valor para ver un mes antes de Navidad salir descarriadas tropas de mozos y mozas cargados con un Niño Dios recostado en una cama, pidiendo para aguinaldo, gastando un mes entero de chichería en chichería y de rancho en rancho, y profanando tal vez el simulacro que llevan. Los que piden para monumentos son tantos y tan importunos, que con sobrada razón molestan á los vivos. Punto es éste que, aunque yo no me extienda á más, pide alguna atención del ilustrado Cabildo, y por lo mismo debiera ponerse algún remedio en ello.”

VIII

Si el licenciado Zamácola fué amante de toda reforma como bien lo prueban las conclusiones del informe de que nos acabamos de ocupar, dan palmario testimonio de su recto criterio, laboriosidad, competencia y superior talento las muchas obras que escribió, inéditas hasta hoy las más.

Nos ocuparemos de ellas.

Derrotero de Buenos Aires á Arequipa es la primera, en el orden cronológico. En esta obra hace la narración circunstanciada y pródiga de cuanto raro y particular vió y observó en las ciudades, pueblos y caseríos del tránsito desde aquella hasta esta ciudad. Se halla inédita.

Revolución de Túpac Amaru.—Trata de los sucesos ocurridos en las provincias del Perú desde el año 1780 hasta el de 1789. También se halla inédita.

Historia del terremoto del 13 de mayo de 1784.—Es una relación de este cataclismo, con noticias circunstanciadas de las desgracias ocurridas en Arequipa, por razón de los temblores habidos durante todo aquel año, descripción del volcán Misti y datos acerca de las ascensiones hechas á su cráter. Se imprimió en 1889.

Diario de la visita.—Como ya dijimos, ocúpase este libro del viaje emprendido por el obispo Chávez de la Rosa á

las provincias de Moquegua, Tacna y Tarapacá, en prosecución de la visita diocesana. Está inédita.

Historia de Nuestra Señora de Caima.—En ella da á conocer el origen de esta advocación é imagen, y relata los muchos milagros y hechos portentosos de ésta, alcanzados por la devoción del pueblo de Arequipa que ha ocurrido á la Santísima Virgen en las calamidades públicas. Esta historia permanece inédita; y lo que más bien hizo imprimir á su costa el cura Zamácola fué la *Novena de Nuestra Señora de Caima*, que escribió el Illmo. obispo Abad y Llana.

Representaciones á los virreyes del Perú é intendentes de Arequipa para el mejor arreglo y policía del pueblo de Caima. También sin publicarse.

Historia de la ciudad de Arequipa.—Comprende este libro la relación histórica de las siete provincias que entonces componían la intendencia de su nombre, con expresión de sus puertos, montañas, ríos, volcanes, clima, feracidad de sus terrenos, costumbres de los habitantes, fundaciones de conventos y monasterios, y noticia de los primeros pobladores, desde el tiempo del cuarto inca; Maita Cápac, que conquistó estas provincias y pobló Arequipa. (Un volúmen, infolio inédito).

Fundación del nuevo pueblo de Socabaya y de su templo y casa parroquial: obra de la cual ya hemos hablado.

Erección de la iglesia Catedral de Arequipa y datos biográficos de los señores obispos que la han regido hasta principios del gobierno del Illmo. señor de Goyeneche. Se publicó en LA REVISTA de Arequipa.

Resúmen histórico de la vida del Illmo. señor doctor don Manuel Abad y Llana, obispo de Córdoba del Tucumán y de Arequipa. En un tomo infolio, inédito.

Entre las obras que conocemos del licenciado Zamácola, es ésta la que más nos ha interesado; así por la importancia del asunto como por el buen desempeño. Hállase dividida en cuatro libros. Ocúpase el primero de la infancia del obispo, sus estudios y honores que recibió de la orden premostratense. Trata el segundo de su elevación al episcopado y de la toma de posesión de la diócesis de Córdoba. Versa el tercero sobre los hechos de su gobierno en esta iglesia has-

ta que fué promovido á la de Arequipa. Y refiérese el cuarto á los últimos ocho años de su vida, desde que llegó á su nuevo obispado hasta su muerte.

Esta obra, que aparece escrita en 1793 y que no menciona el señor Mendiburu, se abre con una elegante descripción de la ciudad de Valladolid (1), patria del obispo biografiado señor Abad, y está dedicada por su autor al Illmo. señor Chávez de la Rosa, que regía entonces la iglesia de Arequipa.

He aquí el oficio de la dedicatoria, que servirá para darnos una idea de las cualidades literarias del licenciado Zamácola:

Illmo. señor:

“El escribir con acierto las vidas de los héroes que por algunas hazañas señaladas se hicieron memorables en el

(1) “Valladolid—dice—ciudad de Castilla la Vieja, es una de las poblaciones más bellas, hermosas y magníficas de toda España. Está situada en una llanura muy espaciosa, amena, alegre y fértil. Por un lado pasa el caudaloso río Pisuerga y por el interior de la ciudad el Esgueva. que se comunica por varios puentes y sirve para la mayor comodidad y limpieza de la ciudad. La plaza mayor es la mejor de toda España, y á su similitud se fabricó la de Madrid. Muchas de sus calles son anchas y buenas; pero sobre todas las de la Platería y Santiago son hermosísimas. Tiene suntuosos edificios, templos y palacios, en los que se descubren y admiran los primores de la arquitectura antigua y moderna. Sus paseos públicos apenas se pueden mejorar. El del Espolón tiene una perspectiva lo más agradable que se puede imaginar y el del Prado de la Magdalena todo él está llevo de árboles muy frondosos. La iglesia Catedral es obra moderna, pero magnífica. Su cabildo se compone de seis dignidades, veintidós canónigos y diez y ocho racioneros. Tiene de renta el Obispo 15,000 ducados y cuenta el Obispado 132 pilas bautismales. Ilustra á esta ciudad la Real Cancillería, que se compone de un Presidente, diez y seis Oidores, dos Fiscales, cuatro Alcaldes de Corte, tres de Hijosdalgo, un Fiscal y un Juez Mayor de Vizcaya, cien escribanos reales, treinta de número y un crecido enjambre de procuradores, esbirros, agentes de negocios, etc. Comprende su jurisdicción, desde el río Tajo hasta el mar de Vizcaya, 2,731 ciudades, villas y pueblos. Hay una famosa Universidad, un colegio mayor que es el de Santa Cruz y otro menor. Hay asimismo un tribunal de la Santa Inquisición, con cinco inquisidores y demás subalternos.”—(Nótese que Zamácola escribe en 1793; y se refiere por consiguiente á principios ó mediados del siglo XVIII).

mundo, ha sido siempre ocupación de sujetos los más sobresalientes en literatura y talentos.”

“Esta consideración, Ilmo. señor, acobardó sobremañera mi ánimo, para haberme dedicado á formar un resumen de la vida del Ilmo. y Rvmo. señor Abad, al tiempo de su fallecimiento.”

“Mas, viendo que después de doce años no ha habido uno siquiera de tantos sabios como ilustran esta ciudad de Arequipa, que haya querido dedicarse á este trabajo, y viéndome por otra parte estrechado con la superior insinuación de US. Ilma., que en mi reconocimiento tiene fuerza del mayor precepto, no he podido excusarme (aunque con harto rubor mío) á escribir y también á poner en las veneradas manos de US. Ilma. este breve compendio, en el cual sólo se refieren algunos cortos pasajes de la vida de aquel ilustre prelado.”

“Mi talento, como US. Ilma. no lo ignora, es muy limitado para empresa tan árdua, y como por otra parte aborrezco naturalmente todo lo que suena á peinados y artificiosos clausulones y encadenamientos retóricos. (que es con lo que más suelen deleitarse los lectores); nadie contemplo podrá hallar gusto al leer este libro, tanto por su estilo humilde y seco, cuanto por faltarle aquellos adornos postizos con que pudiera hacerse más sabrosa su lectura.”

“US. Ilma. con su alta prudencia disimulará las muchas faltas, y también el que no me detenga en esta dedicatoria á hacer aquellos altos elogios (ó no sé si diga adulaciones y lisonjas) con que los escritores suelen embelesar á sus Mecenas.”

“No quiero caer en semejante flaqueza, porque sé que de hacerlo así descompondría al primer paso la modestia de US. Ilma. Oh! y cuánto pudiera decir en este punto, si dejando correr la pluma no temiera caer en desgracia de un prelado, en cuyo grande corazón no tienen acogida semejantes oropeles.”

“Suplico, pues, á US. Ilma. rendidamente, que si este libro mereciese su superior aprobación, lo incorpore á los tres que antecedentemente tengo dedicados á US. Ilma. y se coloque en algún rincón del archivo de la Dignidad, á fin de que la memoria del Ilmo. señor Abad no quede sepultada

en el olvido, como ha quedado la de tantos y tan eminentes é ilustres preladados como han gobernado la iglesia de Arequipa, cuyo descuido, si hoy no se siente, se llorará tal vez en los tiempos venideros.”

“El tierno amor con que US. Ilma. honra las venerables cenizas del señor Abad, así en sus conversaciones públicas como privadas (obsequio para mí el más inestimable) me da esperanza de que será admitida con benignidad por US. Ilma. esta cortísima ofrenda de mi gratitud y reconocimiento.”

“Dios guarde la importante vida de US. Ilma. muchos y muy felices años para bien de este obispado.”

“Besa la mano á US. Ilma. su más rendido criado y capellán.”

Licenciado Juan Domingo de Zamácola y Jáuregui.”

La fácil y galana pluma del cura Zamácola se ensayó también con éxito en el género jocoso, y entre sus papeles se encontraron algunos de carácter festivo, como éstos:

Peor es nada: sátira á los caballeros sin ocupación, con el objeto de inclinar á los jóvenes de Arequipa al trabajo y al servicio de su patria.

El porqué de los médicos.—Pregunta el autor en este escrito: ¿por qué los médicos, siendo tan solícitos en visitar á los enfermos, ninguno de ellos asiste jamás á los entierros de los que mueren en sus manos?

Ars chupandi tabacum.—Es una colección de versos latinos, ridiculizando á algunas señoras aficionadas á fumar que no se excusaban de hacerlo ni aún en los estrados ó lugares públicos. Reprueba el lujo de éstas, y se lleva de encuentro á las que embadurnan su rostro con solimán.

Compuso finalmente un epitafio para el señor obispo Abad, que inserta en la ya mencionada biografía de este prelado, y que á la letra es como sigue:

“Illustrissimus ac Reverendissimus D. D. Emmanuel Abad y Llana, Episcopus Arequipensis, olim Tucumanensis, Salmantinae Academiae Doctor Theologus. Magni Norberti filius, ejusque virtutum legitimus hæres, pœnitentiæ mortificationis, religiosæ paupertatis, contemplationis assiduæ, unde inexhaustum sacrarum literarum fontem elicuit, non alte exilientem sed profunda humilitate fluentem, operarius fidelis et prudens, a Christo in æterna gaudia recipiendus vocatus est suæ ætatis anno LXIV: Domini vero MDCCLXXX. Die I, mensis Februarii.

Requiescat in pace.”

Aquí parece oportuno recordar: que este obrero infatigable del bien, no sólo escribió de su puño y letra las obras que acabamos de enumerar, sino que hizo varias copias literales de algunas de ellas para darles circulación, porque en su tiempo aún no se conocía en Arequipa el elemento civilizador de la imprenta. Nosotros hemos visto tres copias autógrafas de la vida del obispo Abad y Llana, y hemos oído decir que había escrito hasta cinco.

No conocíamos retrato alguno del señor Zamácola, sino el que nos obsequió el señor Izcue, al contestarnos el saludo que le mandamos hacer á su llegada á esta ciudad.

IX

Después de una asídua y constante labor de cerca de cincuenta años en el obispado de Arequipa, ya como párroco de Caima, ya como maestro de la juventud de ese pueblo, ya como secretario de visita del obispo Chávez de la Rosa, ya como cronista oficioso é ilustrado de Arequipa, ya como constructor de la iglesia y casa parroquial del pueblo de Socabaya, ya como consejero é iniciador de toda obra útil en esta su patria adoptiva; agotadas sus fuerzas, rendida su naturaleza, sin que decayera su espíritu, pagó su tributo é

la naturaleza á los ochenta y cuatro años de edad, siendo el año de 1823.

Fué sepultado en la iglesia parroquial de Caima, al pie del altar del Cristo, en la nave derecha, y cubierto su sepulcro con una loza de sillar; y aunque no tiene otra lápida y su epitafio no se conserva, su memoria será imperecedera.

Recumbe ut læteris.—(Ecles. c. 32).

M. A. CATERIANO.

Arequipa: 1908.

